

CAPONERÍA ESPIRITUAL

Tan encendido por dentro penaba nuestro hombre, que era ello morir y no de veras vivir; la sangre le andaba, en su correría por el cuerpo, consumiéndole, no manteniéndole. Ni era ello vida ni esperanza de tal, pero con semejante penar se iba engañando.

Siempre el deseo de su presencia, la de ella; siempre la sensación de como si la tuviera detrás, muy cerca; de sentir sobre la nuca su aliento, que le espoleaba el corazón y le desvanecía la cabeza, dándole vértigo. Cada y cuando se echaba á la calle, á la plaza, al campo, errante de un sitio á otro, huyendo de sí y á sí mismo ahuyentándose, sacudía acongojado la cabeza, la cabeza llena de la huella de su visión, por si el aire limpio le limpiaba de aquello. Aquello era morir, morir en fiebre de deseo.

Y el pobrecillo corazón era la lástima de las lástimas, pues para él ni sosiego ni descanso; jamás el batir normal, igual siempre, el compás de vida, la marcha que emparejando las veces de los golpes se hace quietud. No, si no ahora adormido se retarda, y luego, sobresaltado al despertar de un sueño, arranca en galope, y en seguida trote y salta después, y á cada paso cocea al pecho. Y es que tenía la sangre enturbiada por el deseo fermentando en él.

Mejor caer, caer mil veces; antes caer que andar así tambaleándose. Al fin caído, no puede pasarse más abajo del suelo. Pero no, ni caer podía, pues antes de tocar á tierra, antes de entofñarse en el pecado, enderezábale, bien á su pesar, un escondido resorte íntimo. La virtud podía más que él, pero ¡qué virtud tan dolorosa, tan congojosa, tan atormentadora!

Quiso arrojar el escudo para afrontar la tentación desarmado y rendirse á su merced, y empezaba á relamerse el corazón con el antegusto del remordimiento. Y como siempre, por no rota costumbre desde la serena infancia, se fajaba con oración al alma al levantarse del sueño, y al salir de casa se santiguaba á la puerta, en recato y donde y cuando no se lo viesen, pues lo hacía para sí solo, dejó un día el rezo al despertar, dejó la persegución al salir, como diciéndose: acaba ya, ¡mejor morir que sufrir! Corrió á la derrota, y así que la tuvo ante los ojos de la carne, á ella, á la hechicera de los ojos en brasa, derritióse el deseo ante la visión tangible, y no halló flaqueza para dejarse vencer. Le amparaban la oración misma omitida y aquella señal volandera con que no selló, al aire, como de no rota costumbre desde la serena infancia, su frente y su pecho enfebrecidos en deseo, le amparaba el escudo que se dejó adrede en casa, para salir inerme y ser vencido. La renuncia al arma defensiva fué su defensa; tan desarmado le halló el demonio, que no se atrevió con él, pues receló tras él, ante él, bajo él, sobre él, envolviéndole, otro escudo de triple coraza, rebotante, invisible.

Y siguió la lucha.

Era peor que un incendio, era una desecación continua, un sofoco, un ardor manso con inquisosa mansedumbre, un quebrajamiento lento de las entrañas del alma. Era un empezar porción de cosas y no acabar ninguna, era un contar las ho-



ras devoradas por el febril deseo, y que la vida se le iba sin vivirla y la muerte se le estaba siempre viniendo, sin llegarle nunca.

Y entonces, un día, se acordó de aquel amigo frigidísimo y sereno, que parecía haberlo vencido todo y no vivir sino para vivir tan sólo, sin ansiedades, ni ardores, ni fiebres de deseo, aquél, el de la voz de tiple y las carnes rozagantes. Y fué á él y volcó en sus oídos sus cuitas, le confesó sus quemores, sus ardientes desasosiegos y desazones, á probar si así se le disparían en la confesión, si oyéndolos pregonados por sí mismo, si oreados al aire entre su propia boca y sus oídos propios, se derretirían en la pureza del aire, dejando de ser para él mismo un secreto. Mas ni por esas. Pues cuando esperaba una palabra medicinal, seña de su liberación, de labios de aquel testigo de su confesión á sí mismo, la voz atiplada del viejo amigo sonó diciendo: «Bueno, y todo eso... ¿para qué?» Estranguló un grito en la garganta; se había hecho rápida luz en su mente; se le mostró el amigo por entero, ó mejor, por quebrado: el amigo era un capón.

Sólo un capón responde así á confesión de semejantes congojas, á tentaciones tales.

Y ahora, lector amigo, ve á desahogarte con aquel que tú sabes, de tus ansias de gloria, de renombre, de eso que te echan en cara motejándotele insano afán de notoriedad; vete á volcar á sus oídos tus ensueños y tus desengaños y como luchas por los unos y contra los otros, vete, y te dirá, ténlo por seguro: «bueno, y todo eso... para qué?»

Está juzgado, ¡basta! para qué más? Es un capón espiritual; tiene el espíritu castrado. O es que se lo gastó ya todo y le tiene viejo y lacio, y repite en el desconsuelo de su impotencia, aquellas hediondas palabras de

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

palabras henchidas de veneno corrosivo. ¡Qué abismo entre este evangelio de la caponería espiritual y aquel soberano desdén que en el canto III de su *Infierno* arrojó el Dante sobre los que «fueron para sí», los que no dejan fama, y á quienes desdeñan misericordia y justicia! Sobre ellos escupió aquellas soberanas palabras de

Non ragionam di lor, ma guarda e passa,

palabras que como acontece con casi todas las citas, suele de ordinario citárselas sin sentido, desgranadas del rosario de insultos á que sirven de remate definitivo. Y allí también, en aquel canto mismo, pone entre esos miserables que «jamás estuvieron vivos» al

che fece per viltate il gran rifiuto

al que por cobardía dimitió la tiara, al sabio Pedro Morone, que siguió la escondida senda que aparta del mundanal ruido, y á quien la Iglesia alzó, San Celestino, en los altares.

Sabios, sí, sabios; sabios hubieron de ser esos que huyeron del mundanal ruido, sabios, esto es, lo más mezquino que se



puede y cabe ser. A eso se da en llamar sabio, á quien ha perdido el corazón, porque no sienta ya sus latidos, porque se le durmió, como dicen de la trompa los niños cuando gira de tal modo y tan en un sitio que parece inmóvil.

A los tales, á los fulanos esos, así les piquen las desnudas carnes moscones y avispa, y les rieguen la cara con sangre, que mezclada de lágrimas sea recogida á sus pies por fastidiosos gusanos! Es el castigo, merecidísimo castigo, á que el Dante los condena en el *Infierno* (I, 64-69), y si no que peleen, que se hundan en el mundanal ruido, que se cuiden si la fama

canta con voz su nombre pregonera.

Y sigue el sabio y dice:

¡Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo
A solas, sin testigo...!

¡Quita de ahí, cochino, onanista! y masturbador en la caponería... ¡qué asco!

Y sigue diciendo:

Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo...

Libre de amor? Libre de esperanzas? ¡Esclavo!

«Y todo eso, para qué?» resuena la vaciedad de la impotencia, de la caponería espiritual. Para qué? para qué? El para qué radica en nosotros y de nosotros mismos surge; la finalidad la hacemos nosotros queriéndola y anhelándola; el para qué brota de la flor del deseo como su fruto, y quien no quiere desear con violencia, tampoco puede tener objeto ni fin alguno en la vida, otro que no el vivir mismo, el dejarse llevar y traer y pelotear por las horas soñolientas. Digamos con el shakspeariano rey Ricardo II (acto III, escena 3).

Swell'st thou, proud heart? I Ugive thee scope to beat.

«Te hinches, soberbio corazón? Yo he de dar objeto á tus latidos!» Merecería perecer el linaje humano si su labor no fuese la de dar, en fuerza de deseo, un para qué, una finalidad, un sentido y objeto al universo. ¿Para que nací yo si no para hacer mío el mundo? Y así los demás y todos.

Un camello cansino, uno de nuestros más camellos y de los más cansinos entre los tales, un camello de una de nuestras más mentadas caravanas, me echaba una tarde—junto á una estufa apagada, bien lo recuerdo—me echaba en cara el haber desencadenado sobre algunos jóvenes un afán de originalidad, de extravagancia, de salirse de las roderas del camino real. El camello piensa, ó mejor dicho, el camello dice que cada uno debe atenerse á sus propias fuerzas é ir á su paso propio, pero el camello ignora que nadie sabe las fuerzas de que puede enseñorearse ni á qué paso puede andar.

No, buen camello, no; es preciso coger con la izquierda la corona de laurel de la inmortalidad, por engañosa que nos parezca, y con la derecha un látigo, y poniendo aquélla por delante de los ojos á los jóvenes y azotándoles con el látigo las espaldas, hacerles correr y correr desalados, hendiendo como con proa con el valiente pecho el aire aceitoso en que nos sofocamos, y correr cada vez más, á galope tendido, con la lengua fuera y los ojos fuera, hasta que lleguen ó revienten. Sí, re-



vienten; el que tenga fuerzas dentro las irá sacando según corre, y el que no, reventará en el camino. Y será mejor para él y para todos. Al paso, ¡nadie! Todos en carrera desenfrenada, como enajenados por el tábano sagrado. El que no tenga piernas ó pecho, que revienta, y los demás salten sobre él y sigan corriendo, y al saltar, según corren, lancen al aire un ¡descan-



se en paz!, un responso de carrera, y no se detengan ni á enjugar lágrimas de compasión, que el aire sacudido se las enjugará y llevará por sí. Y látigo en ellos.

¡Oh, quién pudiese encender en todos ansias locas de inmortalidad, delirio de grandezas, pruritos de fecundidad de espíritu!

«Bueno», me interrumpen los capones espirituales—es un supuesto este de que hayan de interrumpirme, que ha de serme permitido—«bueno, ¿y para qué esa carrera? Para llegar bien, ¿pero para llegar á dónde? ¿Para conseguir qué? Después de reventarse á correr, á punto de morir de fatiga, cuando se cogió la corona, para qué?»

Aquí podría yo responderos, sensatos capones, que los nobles corceles de carrera, *logra-premios* como los llamaba Homero, son los padres de los útiles y buenos caballos de tiro y de silla, y que sin las locas ansias de aquéllos degeneraría la virtud de éstos y se desvirtuaría, y aun ellos mismos acabarían, degenerando, por desaparecer, pues no debe caberos duda, mis comedidos capones, de que si quedarais solos acabaría por desaparecer vuestra especie; podría deciros que donde los locos ambiciosos no se esfuerzan á lo más, á lo imposible si es caso, los cuerdos resignados se quedan en lo menos y que es la caponería espiritual, cuyo lema dice «¿para qué?» la que está matando al espíritu en nuestra patria; aquí podría yo responderos, mis sabios eunucos, que donde la juventud, sin ansia de gloria, no revienta á correr tras ella, los otros chapotean y acaba por chapotear ella misma, como entre nosotros ocurre, en la charca de la más infecta y sosegada ramplonería. Aquí podría... pero, ¿para qué? digo á mi vez.

Vosotros, sosegados capones, viviréis muchos años sobre la tierra... es decir, no, no viviréis, pues como aquellos á quienes cubrió con su soberano desdén el Dante, vosotros no habéis estado vivos nunca. A lo sumo, viviréis un día, un solo día sobre la tierra, no más que uno, pues como todos vuestros días son iguales entre sí y recomenzáis cada mañana el mismo día vacío é inútil, vuestras días todos, por muchos que sean, no serán nunca más de uno.

Y á mí cada nuevo día que la vida me trae al llevarseme otro, siento más lástima hacia la casta de los ni envidiados ni envidiosos, de esos innobles sabios—aunque bastaba aquí decir sabios, sin añadir lo de innobles—que siguen la escondida senda de la caponería, y para consuelo de su desgracia, pues allá á sus solas la sienten tal, se desesperan en intentos de frustrada más-turbación de espíritu.

Miguel de UNAMUNO.

